

un tipo raro

«Yo soy oscuro», dice Lou Reed dando sorbos a una Coca-Cola Zero. El ex-líder de la Velvet compartió tres días en España con Diana Zaforteza, editora de su libro *El cuervo*

Nunca olvidaré la primera vez que escuché la canción *Pale Blue Eyes*; me descubrió otra faceta del mito: el Lou Reed poeta. Por eso, cuando vi que su libro inspirado en Edgar Allan Poe, *The Raven*, con las sulfurosas ilustraciones de Lorenzo Mattotti, permanecía inédito en España, no dudé

en publicar esta joya que reunía el *underground* neoyorquino y el mejor cómic europeo. Su agente literario, el temido y venerado Andrew Wylie, fue el que puso en mis manos este tesoro tras departir largo rato sobre los tiempos en los que frecuentaba Studio 54 junto a Lou Reed y Andy Warhol. «Yo me dedicaba a divertirme y a poner orden en medio de tanto talento, por eso ahora Lou Reed, además de ser mi amigo, confía en mí».

La edición del libro *El cuervo* debía ceñirse a los parámetros escogidos por Reed y Mattotti, siguiendo la versión francesa en Éditions du Seuil; pero, como en Ediciones Alfabet, mi pequeña editorial, somos jóvenes y osados, decidimos proponer algunos cambios... Fue en ese intercambio de mails, cuando tuve el primer contacto con Lou Reed. En la bandeja de entrada de mi correo encontré un mensaje suyo: «No quiero hacer cambios, no me gustan los cambios, pero hablad con Lorenzo».

Cuando conocí a Reed en carne y hueso durante su exposición de fotografías *Romanticism* en el Museo Es Baluard de Palma de Mallorca, lo primero que pensé es que era un milagro que este hombre mantuviera insobornable al paso del tiempo su vitalidad creativa. Y pude comprobarlo de primera mano: me permitió vivir con él la presentación de su trabajo en Palma.

Lo encontré aturdido y vulnerable, sentado en una silla mientras bebía a lentos sorbos una Coca-Cola Zero, como centrifugado por la vida acelerada que había llevado. Su mirada quiso escrutar una a una sus fotografías antes de ser presentadas al público, y parecía que incluso un minuto antes de la inauguración estuviera absorbido por una enorme inseguridad; tanta que no dejó que la prensa lo fotografiara; y quiso sentarse en una sala aparte para no cruzarse con las miradas de sus fans. Era más bajo de lo que imaginaba, quizás debido a su andar

encorvado. También me pareció muy flaco y moderno: pasada la sesentena (N.Y.C., 1942), iba vestido con camiseta blanca, chupa de cuero, pantalones pitillo y zapatillas Nike con el logo dorado (más tarde, me confesó que sólo vestía prendas de Rick Owens). La prensa estaba desesperada por su silencio y él seguía escondido bajo una gorra negra que le había pedido a su joven asistente neoyorquina, que viaja con él a todas partes.

«¿Sabes, Diana? Yo soy oscuro como Poe», me decía más tarde, mientras cenábamos en mi casa. Animal de costumbres en lo que a cuestiones alimenticias se refiere, Lou Reed siempre come ensalada de primero, sin aliño; y de segundo, carne roja a la plancha vuelta y vuelta. «Cuido mucho mi alimentación porque soy diabético. Es muy importante que todo esté libre de salsas, una vez tuve una subida de azúcar que por poco acaba conmigo... ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Poe. Los versos de Poe son luminosos y oscuros, son puro ritmo, música... Con el libro he querido homenajear al que es para mí el mejor escritor del mundo; y con Lorenzo Mattotti, un genio». De hecho, la génesis de *The Raven* está en *PoeTrí*, una especie de ópera contemporánea ideada en 1966 que, tras su estreno en Hamburgo, Reed grabó en un doble álbum junto a sus amigos —Bowie, Ornette Coleman, su mujer Laurie Anderson, y Antony—.

Me di cuenta de que Lou Reed, bajo su pose de excéntrico cascarrabias y su eterna chupa de Rick Owens, era en realidad un gran tímido que escondía su fragilidad. «Laurie Anderson —reconocía— es luminosa y bondadosa; yo no. Yo nací en Brooklyn». Me habló de sus proyectos y, también, de los viejos tiempos... «Todos entrábamos y salíamos de la Factory ebrios de creatividad. Todos formábamos parte del fenómeno Popism, todos éramos uno. Alrededor de Andy había mucha gente, pasábamos por allí y, de repente, a alguien se le ocurría darle un poco de verde a un cuadro o cambiarlo de tamaño. A Andy le encantaban las sugerencias, aunque a veces se enfadaba. ‘¿Quién ha puesto eso ahí?’, decía. Luego, se respondía a sí mismo: ‘Es genial’».

Lou Reed tiene 68 años, pero cuando al día siguiente lo vi tocar con su banda, Metal Machine Trio, el escenario tronaba y se serenaba. Como Poe. Música y poesía para aplacar el oleaje interno del desasosiego. ■ D. Zaforteza

ETERN
ROCK&ROL
Lou Reed
una fotogra
de diciemb
de 200

